

Reseña

Laera, Alejandra. (2024). *¿Para qué sirve leer novelas? Narrativas del presente y capitalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 191 pp.

Desde el principio, este ensayo de Alejandra Laera se pregunta por el hacer. Se trata de un abordaje teórico con un punto de partida pragmático que establece básicamente dos interrogantes vinculados, no menores: qué hacer con el capitalismo, y en conexión con esta primera cuestión, para qué sirve leer novelas. El libro propone dos vías fundamentales para organizar las lecturas que llevará a cabo: elige, por un lado, comprender el funcionamiento del capitalismo por “la vía de la imaginación” y, por otro, a través del estudio de las novelas del corpus seleccionado, indagar cuáles son esos procedimientos de desnaturalización que interpelan a los lectores. Queda explícitamente afuera la posibilidad de abordar ese conjunto de novelas con el propósito de encontrar en él “lecciones” o “explicaciones”, sino, en cambio, se opta por “bosquejar ciertas propuestas narrativas para comprender mejor el mundo presente” (19).

En tiempos de crisis e incertidumbre, como los que estudia Laera en relación con sus imaginarios, el rol de la imaginación narrativa es un anclaje a través del cual pensar las prácticas literarias como un ejercicio crítico. Los ejes del dinero, el trabajo y el tiempo –base del capitalismo– organizan las tres partes en las que está dividido el ensayo.

La primera sección, dedicada al “dinero contable”, aborda los “relatos calendarizados”, que define como historias de vida entramadas en la historia económica, política y cultural de Argentina, atravesadas, a su vez, por el dinero. Estos relatos, que son contemporáneos, contrastan con el conjunto de “ficciones del dinero” que emergieron en el marco de la crisis económica financiera del menemismo en la década de 1990, y que Laera había investigado en un valioso volumen anterior, *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001* (2014). En una serie que integra tres novelas de Alan Pauls, *Los diarios de Emilio Renzi*, de Piglia, y el *Diario del dinero*, de Rosario Bléfari, la lectura cruza el calendario –como soporte que organiza una cronología que aparece inicialmente desordenada– con la contabilidad, a partir de la cual se *cuentan* el tiempo y el dinero.

En la segunda parte de la primera sección, sobre “novelas anticapitalistas”, en las que se pueden encontrar estrategias para combatir y aniquilar el orden capitalista del dinero contable, Laera explora dos textos de “imaginación anarco”: *Modesta dinamita*, de Goldgel y *Derroche*, de Cristoff. En ellos, concluye, el “anticapitalismo” se sustenta en un movimiento rápido e ilegal de los protagonistas, pero, sobre todo, en el despliegue de una “narrativa activista”, en tanto incita a los lectores a buscar modos alternativos de la acción para pensar otras maneras de habitar el mundo. En este punto el ensayo reflexiona de forma metacrítica porque se piensa a sí mismo y plantea la necesidad de una intervención.

La segunda sección, “Trabajo escrito”, consta de tres capítulos. En el primero, dedicado fundamentalmente al trabajo escrito en condiciones de precariedad, y cruzado por la perspectiva de género, la lectura pivotea alrededor

de tres novelas. En *Boca de lobo*, de Chejfec, la imaginación ficcional sobre el mundo del trabajo y la posición que en él ocupa el escritor se cruza, como en *El trabajo*, de Jarkowski, con las historias de dos jóvenes trabajadoras cuyas vidas, marcadas profundamente por la desigualdad, están estrechamente relacionadas con las actividades laborales que realizan. Este capítulo también aporta una lectura de una crónica novelada no tan conocida, como *Alta rotación*, de Laura Meradi, donde entra en tensión el dilema entre ética y arte, y deja abierto, además, el interrogante sobre si el cronista y el novelista deben o no formar parte de ese mundo que están narrando. En el capítulo siguiente, Laera propone una exploración más extensa de la idea de “antidesperdicio”, en tanto resistencia económica, en la novela de Matilde Sánchez, *El desperdicio*, alrededor de la crisis de 2001. En ella, y a diferencia de textos anteriores, lee trazados alegorizantes entre historia de vida e historia económico-social rural en los que se ensamblan lo moderno y lo premoderno, a la vez que explora temporalidades que eluden lo unidireccional. El corolario de esta imaginación del desperdicio, en tono reactivo, Laera lo detecta al finalizar el capítulo en *La virgen cabeza*, de Cabezón Cámara, y *Quema*, de Castellarnau. En el último de esta sección, define como “imaginación de mercado” a aquella en la que todo es mercantilizado, inclusive —y justamente— la literatura y las artes. Partiendo de la idea de Nancy Fraser (2020) de que como condición de posibilidad el capitalismo deben existir zonas fuera de él que sustenten su desarrollo, Laera lee una serie de novelas que despliegan esta imaginación de mercado hacia sectores no mercantilizados que terminan activando prácticas de los escritores protagonistas, cuya consecuencia es la deformación del cuerpo y del rostro, es decir, la “desfiguración”. Así, esos

cuerpos resultan mercantilizados por las propias imágenes de sí que sufren una espectacularización novedosa, sostiene Laera, en un sustento corporal —aunque no todavía virtual— de esas autofiguras. En estas páginas trabaja con *El escritor comido*, de Bizzio, *Romance de la Negra Rubia*, de Cabezón Cámara, y *El artista más grande del mundo*, de Becerra, todas novelas en las que las transformaciones de esos escritores/artistas, al volverse públicos, figuran una “autopoética” más que una denuncia.

En la tercera y última sección, “Tiempo imaginado”, se recupera al tiempo como línea de análisis que había atravesado las dos partes anteriores. Aquí el libro hace una de sus apuestas más fuertes, que es indagar, a la luz de las propuestas de Latour y del aceleracionismo, la “transtemporalidad” de estas imaginaciones narrativas, que reúne tiempos y temporalidades. Bajo esta óptica Laera lee, por un lado, *Cataratas*, de Vanoli, *Quema*, de Castellarnau, y *Los restos*, de Keizman, como “novelas de aceleración positiva”, y por otro, *Distancia de rescate*, de Schweblin y *Mal de época*, de Cristoff, como novelas de aceleración negativa. Lo que las une es la clase de imaginación en juego y los procedimientos que implementan para activar la politicidad de la literatura. En varios segmentos del ensayo, esta última, es un imperativo de lectura: los ejes que cruzan la mirada crítica no se apoyan meramente en el orden de lo temático sino, fundamentalmente, en lo procedimental.

Como corolario de esta propuesta compacta, sólida y de lectura absolutamente fluida, Laera concluye, también, con interrogantes: ¿qué hubiera pasado si, partiendo de la propuesta de Latour en *Nunca fuimos modernos* (2012), hubiésemos elegido el camino del intercambio afectivo entre sociedad y naturaleza

en lugar de la separación, o el camino sinuoso en vez del rectilíneo? Entonces se responde con la idea de la “imaginación ecoafectiva” que, en un tiempo imaginado “antes del capitalismo”, va fluyendo como el río de *Las aventuras de la China Iron*, de Cabezón Cámara. Y hacia esta respuesta se inclina el ensayo, eludiendo el pesimismo: ir a la búsqueda de otro reparto de lo sensible, visibilizar otras zonas, internarse en los desvíos. Así se cierra el libro, con una invitación a practicar una sinapsis entre lectura y vida.

En este potente ensayo Laera hace una verdadera intervención crítica. Junto con *Señales de vida. Literatura y neoliberalismo* (2022), de Fermín Rodríguez, y *Ciencia ficción capitalista. Cómo los multimillonarios nos salvarán del fin del mundo* (2024), de Michel Nieva, otras dos propuestas en las que es posible atisbar una dirección emparentada, *¿Para qué sirve leer novelas? Narrativas del presente y capitalismo* postula la necesidad de mirar la narrativa del presente y su relación con el mundo de una manera crítica y política.

Sandra Gasparini

Universidad de Buenos Aires /Universidad Nacional de las Artes